

---

---

## Capítulo CXVI.

---

Terribles escenas

Tres días habían transcurrido desde que se verificaron los sucesos que quedan referidos en el capítulo anterior, y amanecía uno de esos que en el invierno pueden admirarse en aquellas privilegiadas regiones.

Apenas amanecieron en Oriente su primeros albores, pusiéronse en movimiento todos los habitantes de Méjico.

Cualquiera que hubiera entonces observado la inquieta curiosidad que sacaba tan temprano de sus casas á los naturales del país, y el aspecto grave y casi amenazador con que se presentaban los soldados españoles, que saliendo en piquetes de sus cuarteles iban cubriendo todas las calles de la poblacion que desembocaban en la plaza mayor; cualquiera, repetimos, habria adivinado que algun acontecimiento no-

HERNAN CORTÉS.

803

table, alguna operacion importante, debia tener lugar en los primeras horas de aquel día.

En efecto; no serian todavía las ocho, cuando otro piquete de caballería vino á situarse en la plaza.

Los que ocupaban las azoteas y los tejados de las casas vieron en aquel instante, entre la multitud curiosa y alarmada, un objeto, que aunque no era extraño á sus ojos, no por eso les causaba ménos espanto.

Este objeto, que tan dolorosamente les habia impresionado, era una horca que durante la noche se habia levantado en el centro de dicha plaza.

Algunos, horrorizados en presencia de tan funesto espectáculo, abandonaron la ciudad y corrieron á esconderse en los fragosos montes.

En unos de los balcones hallábanse cómodamente colocadas, y en disposicion de contemplar muy á su sabor la sangrienta escena de que iba á ser teatro aquel recinto, dos hermosas mujeres.

Una de ellas frisaria en los cuarenta años.

La otra apenas tendria la mitad.

Ambas vestían á la usanza española.

Pero era fácil conocer que no era aquel traje natural á la una.

Su color, el carácter de su fisonomía, la pequeñez de sus manos y pies, y la viciosa pronunciacion con que hablaba el castellano, indicaban bien á las claras su procedencia americana.

La otra era una española de ojos árabes y brillantes, que hacia, con motivo de la ejecucion que



iba á contemplar, grata memoria de los autos de fé y de las corridas de toros, que algunos años antes habian sido recreo de su juventud.

Atendiendo á la plática de aquellas dos damas, mientras se presentan los actores de la tragedia cuyo desenlace se prepara, podrán enterarse nuestros lectores de la expresion de ella.

—Mirad qué bizarros y galanes están nuestros soldados,—decia la española, que no era otra que Juana Mansilla;—¿sabeis, querida Ihalí, que son como fino oro, que sale más puro y hermoso despues de sufrir en el crisol la accion devorada del fuego? Tantas penalidades y fatigas como ha soportado nuestra gente al emprender esta expedicion despues de atravesar escabrosas montañas, y páramos desiertos, ciánagas pestilentes, con frios y calores, con sed y con hambre, no han abatido en manera alguna los bríos de esos corazones verdaderamente españoles.

—Razon es que aprendan de su jefe,—respondió la indiana;—al emprender esta penosísima peregrinacion, que así puede llamársela, ha dado el gran Cortés, nuestro amo, nueva prueba de aquel espíritu denodado y firme para el cual no existen imposibles. Justo hubiera sido que despues de tantos trabajos gloriosos le concediese el cielo descanso; pero ya veis cuán afanosa vida ha destinado al héroe. Sujetas ya todas las provincias que formaban el vastísimo imperio mejicano, parecia que el ilustre conquistador no tendria que empeñarse en nuevas luchas, y sin

embargo, la deslealtad de algunos mal aconsejados le hacen de nuevo apelar á las armas.

—¿Y qué opinais respecto á que algunos españoles hayan engrosado las filas de los rebeldes?

—Temo que sea cierto.

—Trabajo me cuesta creerlo.

—Pues ya veis que algunos han desertado de las filas.

—¿Pero qué móviles habrán impulsado á Xicotencal á ponerse al frente de los rebeldes? Indudablemente, por el modo con que se ha expresado ante nuestro malinche, le profesa un odio implacable.

—Pues sólo le debe agradecimiento.

—¿Y qué guapo mozo es Xicotencal!—dijo Juana Mansilla.—Sensible es que un momento de extravío le conduzca al cadalso.

—El ejército todo participa de vuestros sentimientos. No hay un sólo individuo que no lamente esta desgracia. Pero bien se os alcanza,—añadió Ihalí,—la necesidad en que se vé nuestro dueño de quitar del mundo á esos infelices, que bien quisiera perdonar su benignidad si no le desaprobase su prudencia.

—¿Es decir, qué pensais que esas ejecuciones más son dictadas por la política que por la justicia?

—No he pensado en expresar eso. Todo lo que hace el malinche es justo y acertado, y no me corresponde á mí, misera sierva enriquecida con sus beneficios, no me corresponde á mí, repito, el juzgar los actos de su sabiduría.

—Me place vuestra humildad,—replicó Juana



Mansilla; —pero decidme, ¿debe también morir aquella india tan delgada, no fea, y con un niño de la mano, que se halla en frente de nosotras?

—Esa mujer por quien preguntais es Amaiza, la esposa de Xicotencal. El niño que lleva de la mano es su hijo.

—Nadie diría, sin embargo, los lazos que le unen con el reo. Hay momentos en los que se sonríe con alegría

—Es más desgraciada de lo que pensais: la infeliz se ha vuelto loca al saber el suplicio á que se ha condenado á su querido compañero.

—Si está loca, no la matarán como á su marido, por que aun cuando haya conspirado también, harto la excusa su demencia.

—Nadie acusa á la pobre mujer, pero acto de piedad sería el hacerla morir. ¿Qué tiene que esperar en el mundo esa desventurada madre? Muerto su marido quedará desamparada. Si siquiera hubiese abrazado la religion cristiana podría hallar algun consuelo á su dolor.

Un murmullo general interrumpió la conversacion que sostenian Ihali y Juana Mansilla.

La gente se agitaba en la plaza, y todo indicaba que se aproximaban los reos.

Así era, en efecto.

Apenas se habian proferido las últimas palabras del diálogo que escrupulosamente hemos copiado, cuando comparecieron en la plaza, en medio de numerosa guardia, Xicotencal y el anciano ex-cacique.

Venian exhortándoles varios frailes franciscanos, y al llegar al pié del patíbulo volvióse á ellos el esposo de Amaiza, y con voz tan entera y clara que fué perfectamente oída por todos, les dijo:

—Gracias os doy, ¡oh teopixques españoles! por la generosa piedad que nos habeis dispensado; y pues sois ministros de un Dios á quien llamais infinitamente misericordioso, usad de misericordia con una mujer infeliz, privada de la razon, que queda por mi muerte desamparada en la tierra.

Luego, con más solemne entonacion:

—¡Muero tranquilo,—exclamó,—porque muero en defensa de mi patria!

—¡Hernan Cortés,—añadió el anciano cacique,—Dios te demande cuenta de esta sentencia; yo la bendigo, porque me liberta de una vida desventurada, aunque soportada con digna resignacion!

Los reos se abrazaron, y con un pequeño intervalo entregaron su cuello al verdugo.

Un momento despues, un doloroso grito resonó en el espacio.

Todas las miradas se dirigieron al punto de donde habia salido.

—¡La loca! ¡La loca!—dijeron todos.

Y Juana Mansilla, Ihali y demás testigos de aquella escena, que habian hecho ademan de huir, al ver de súbito en medio de ellas aquella figura lastimosa, tornaron á acercársele movidas de piedad.

Amaiza contemplaba con ojos enjutos el cuerpo de su esposo, meciéndose en el aire con los acompa-



sados estremecimientos de la última agonía. Pero había desaparecido repentinamente de su rostro aquella expresión de estúpida demencia que hacía tiempo llevaba sin cesar impresa.

Un golpe terrible dado á su corazón había trastornado su entendimiento.

Otro golpe, igualmente doloroso, acababa de restituirle la razón.

—Venid con nosotras, pobre mujer,—le dijo Juana Mansilla;—me inspirais cariño, y deseo consolaros.

—Amaiza,—añadió con ternura Ihalí,—¿quereis vivir conmigo bajo la protección del muy grande y muy poderoso vencedor Hernan Cortés?

—¡Hernan Cortés!... ¡Hernan Cortés!...—repitió por dos veces la loca con el aire de quien se afana por coordinar sus recuerdos.—¡El fué quien mandó dar muerte á mi marido!... ¡El es, no hay duda! ¡El es!

Maravilladas se miraron aquellas dos mujeres, que no esperaban ciertamente escuchar palabras tan cuerdas.

Ihalí, sin embargo, se apresuró á decir:

—Puesto que comprendes que acaba de morir tu esposo, resignate, Amaiza, con tu suerte, y sabe que esta sentencia ha sido necesario... y justa.

No nos toca á nosotras, mujeres ignorantes poner en tela de juicio las determinaciones del ilustre dueño que nos impuso el destino.

—¡El ha sido, pues!—repitió Amaiza.—¡Hernan

Cortés?... ¡Sí; bien me acuerdo ya de todo! ¡El envileció á mi padre, á nuestros hermanos, profanó nuestros templos, abusó de nuestras madres, de nuestras hermanas! ¡Y luego, repito que bien me acuerdo, luego arrasó nuestras ciudades, grabó la muerte de esclavitud en nuestros monarcas, dió muerte también al valeroso Guatimozin!... ¡Todo lo comprendo... Hernan Cortés! ¡Sí; lo conozco, lo conozco muy bien!

—¡Como demente estás hablando! ¡Oh, Amaiza!—dijo Ihalí, desmintiendo con la expresión de su semblante los conceptos que expresaba.—No hay sentido ni verdad ninguna en las palabras que dejas escapar en tu enagenación mental. Tu marido ha muerto porque delinquiró; respecto á tu hijo, nada temas, el malinche es generoso, y le protegerá, créelo; si te decides á vivir á mi lado, serás querida y respetada; Hernan Cortés no merece que le calumnies de ese modo.

—¡Tú eres su esclava, sí!... ¡Tus palabras te denuncian!

Y luego, como iluminada por súbita inspiración, centelleante y casi terrible la mirada, trémula la voz, palpitante el pecho:

—Vamos,—exclamó;—vamos, quiero vivir contigo.

Clavó los ojos una vez más todavía en el cadáver de su marido, y en seguida ella y Juana Mansilla Ihalí, se ocultaron de la vista de los espectadores.

El gentío se dispersó silencioso.

Las tropas volvieron á sus cuarteles.



El día terminó sin que ocurriese ninguna otra novedad.

Durante las primeras horas de la noche había estado el caudillo español en la habitación de su querida, que, como recordarán nuestros lectores, era uno de los aposentos en que él mismo se hallaba alojado.

Allí le había sido presentada por Ihalí la viuda de Xicotencal, á quien hospedaba piadosamente bajo su techo, y Hernan Cortés la trató con afecto, ofreciéndole suerte más benigna para lo sucesivo.

Inútil parecía, sin embargo, todo aquello, pues á juzgar por el aspecto y obstinado silencio de Amaiza, el destello de razón que había dado su entendimiento en el instante en que presencié la muerte ignominiosa de su marido, se había extinguido completamente, dejándola en una demencia más triste y sombría que aquella que le precediera.

Las diez de la noche serian cuando el caudillo se recogió en su estancia, é Ihalí condujo á su huésped al dormitorio que se le había preparado.

—Procurad descansar y dormir,—la dijo, abrazándola con cariño.

Amaiza se echó en el lecho sin contestar, y cuando se retiró Ihalí, quedábase ya, en la apariencia al ménos, profundamente dormida.

Aun no era llegada la mitad de la noche, cuando la guardia percibió extraordinario ruido hácia el paraje en donde reposaba Hernan Cortés.

Acudieron presurosos algunos soldados, y su emoción fué terrible.





HERNAN CORTÉS. —Vieron salir del aposento al caudillo medio desnudo, pálido, despavorido.

Vieron salir del aposento al caudillo medio desnudo, pálido, despavorido.

—¡Mi general! —exclamaron todos. —¿Qué desgracia acontece á vuestra merced? ¿De qué proviene la sangre que le corre por el rostro?

Detúvolos el jefe en ademan de penetrar en la estancia, de que acababa de salir, y limpiándose la sangre con un pañuelo que le alargó uno de los soldados, dijo vacilante despues de un breve silencio:

—No es nada, á decir verdad... una pesadilla... un golpe en la frente; ya lo veis, la herida es muy leve; retiraros.

Obedeció la guardia, y en el momento en que quedó solo el caudillo, apareció, en igual desórden que él y saliendo de la misma estancia, la cariñosa Ihalí.

—¿Os ha hecho mucho daño? —dijo llegándose á Cortés con afanosa agitacion. —¿Esa sangre?...

—Sale de una herida ligera, —respondióle en voz baja; —el brazo de la insensata desmayó por fortuna al descargar el golpe, y vos, Ihalí, vos lo caíste encima como una leona, no dejándole tiempo para secundar el golpe.

—De buena habeis escapado, —añadió Ihalí—El puñal de que se apoderó la frenética loca era el más agudo de todos los vuestros; felizmente, mi sueño es como el de la liebre, y me prestan los celos el olfato maravilloso del perro. Sí, dueño mio; cuando se aproxima á vos una mujer, percibo su olor aun hallándome distante.



—Pero ¿qué habeis hecho de esa infeliz?—preguntó Hernan Cortés correspondiendo con una caricia á la apasionada mirada que al pronunciar sus últimas palabras la hermosa india.

—¡La he ahogado!—respondió ella con acento sombrío.

—¡La habeis ahogado!

—Sí; inanimada yace como si jamás hubiera existido,—dijo la jóven india.

Cortés quedó un momento pensativo.

Despues dijo á Ihalí:

—¿Y qué haremos ahora para encubrir este suceso? Vergonzoso seria para mí aparecer matador de esa infeliz... Y vos, Ihalí, no echeis en olvido que estais casada ya, y que yo tengo también una esposa.

—No os inquieteis,—contestó Ihalí con amarga sonrisa;—sé que debo fidelidad al marido que me habeis dado; y aun cuando por vos le olvide, bien sabeis, señor, que respeto siempre vuestra paz doméstica y cuido de no dar disgustos á la feliz mujer que lleva vuestro nombre.

Nadie tiene que saber que me hallaba dichosamente á vuestro lado cuando esa desgraciada intentó asesinaros. Llevaré el cadáver á su lecho, y mañana divulgaré que se suicidó en un acceso de locura. Ahora, señor mio, dejadme vendar la herida, restañando con mis labios vuestra preciosa sangre.

—¡Eres incomparable, Ihalí!

—Es que os amo con delirio. ¿Cómo no he de

cuidar por conservar vuestra preciosa existencia, que es mi vida? Pero no quiero que me recordeis otra vez el abismo que nos separa,—añadió con tristeza.

La voz que al día siguiente circuló en el ejército, está consignada en las siguientes líneas de uno de los que asistieron á la conquista de Méjico:

«Andaba Cortés mal dispuesto y pensativo despues de las ejecuciones que por orden suya habian tenido lugar, y de noche no reposaba, é apareció ser que, saliéndose de la cama donde dormia á pasear por la sala, tropezó y cayó, descalabrándese la cabeza.

»No dijo cosa buena ni mala sobre esto, limitándose únicamente á curarse la descalabradura, é todo se lo sufrió callando.»